

te día comienza una nueva era de la historia del mundo, y que cada uno de nosotros tendrá orgullo en decir: Allí estuve yo”.

“Pocas veces se juzga con tal sagacidad un suceso en el momento mismo de ocurrir”, agrega Piñeyro.

En 1794 empezó su íntima amistad con el gran Schiller, nunca desmentida; noble, sincera y fraternal, como de dos seres superiores que se comprendían y se completaban. La muerte de Schiller, ocurrida en 1805, fue uno de los más grandes dolores que sufrió el alma inmensa de GOETHE.

En 1808, en Erfur, Napoleón lo condecoró con la Cruz de la Legión de Honor. “Sois un hombre”, dijo en ese acto el gran emperador al gran poeta.

De 1815 á 1828 ocupó el puesto de primer ministro de Sajonia-Weimar. En esa época fundó el periódico *El Arte y la Antigüedad*.

GOETHE, talento universal, profundizó mucho en los estudios científicos. Escribió varios tratados muy importantes, como la *Teoría de los colores*, *Ensayo sobre la metamorfosis de las plantas*, *Consideraciones sobre las ciencias naturales*, *Fragmentos de Óptica*, *Alturas del antiguo y del nuevo Mundo*.

Es muy conocida su exclamación “¡Luz, más luz!”, en los momentos de su muerte.

Su cadáver fue inhumado en la gran capilla ducal de Weimar, y tiene á sus lados á sus dos mejores amigos: el duque Carlos Augusto y Schiller.

Hé aquí la lista de sus principales obras literarias: *Werther*, *El aprendizaje de Guillermo Meister*, *Peregrinación de Guillermo Meister*, *Las afinidades eléctricas*, novelas; *Götz de Berlichingen*, *Clavijo*, *Estela*, *Ífigenia en Táurida*, *Torcuato Tasso*, *Egmont*, tragedias y dramas; *Los caprichos de un amante*, *Los cómplices*, *El gran Costo*, *La hija natural*, *El ciudadano General*, *Las manías del sentimiento*, comedias; *Hermán y Dorothea*, *La Aquileida*, *Reincke el zorro*, poemas; *Elegías Romanas*, odas, baladas, epigramas; *Memorias*, *Viaje á Italia*, *Campaña de Francia*, *Viajes por las orillas del Rhin y del Mein*, *Winckelmann y su siglo*; *Los Dioses*, *los Héroes y Wieland*, *El carnaval de Roma*, *Traducciones* y, sobre todas sus obras, *Fausto* — el gran poema dramático y épico — una de las más admirables concepciones del espíritu humano.

AL LECTOR.

Ahí tienes todos cuantos datos y noticias me ha sido posible coleccionar respecto al desgraciado Werther. Bien sé que has de agradecer mi trabajo, porque es imposible que al conocer sus desventuras no admires su talento, no ames su corazón y no compadezcas su triste suerte.

Si posees un alma sensible á quien iguales penas atormenten, procura que las desdichas de Werther te sirvan de escarmiento y que este libro sea tu mejor amigo, si por un capricho de la suerte ó por tu propio descuido no encontrases otro mejor.

WERTHER

4 de mayo de 1771.—¡Estoy muy contento de haber emprendido el viaje, cariñoso amigo! ¡Así es el corazón de casi todos los hombres! ¡Dejarte á ti, amigo eterno é inseparable, dejarte solo y continuar contento! ¿no es verdad que te extraña? Sin embargo, espero que me perdonarás. Poseo otras amistades debidas á mi desgraciada suerte, que se complace en inquietar y atormentar mi corazón. ¡Pobre Leonor! Y la verdad del caso es que yo era inocente. ¿Fue culpa mía que en su desventurado corazón se encendiese la llama del amor, cuando yo tenía el pensamiento fijo en las gracias de su hermana? Sin embargo, ¿soy enteramente inocente? ¿No he fomentado su pasión? ¿No me han hecho reír muchas veces sus palabras, á pesar de que nada tenían de risibles? ¿No he....? ¿Qué es el hombre? ¿Por qué se queja? Sí, amigo mío, yo haré cuanto me sea posible para enmendar mis culpas; estate seguro de ello; no quiero saborear frecuentemente esas amarguras que la desgracia vierte á cada instante en la copa de mi vida. Gozaré del tiempo presente, y el pasado habrá desaparecido verdaderamente para mí. Confieso que tú estás en lo cierto, que tuya es toda la razón: la tristeza sería mucho menor en los hombres—sólo Dios sabe por qué los ha formado así—si su imaginación procurase borrar las desgracias pasadas para soportar las presentes con entero corazón.

Dile á mi madre que cumpliré su encargo de la manera que considere más propia y que á la mayor brevedad procuraré darle noticias. He visto á mi tía y no he encontrado á la vieja arpa que tanto me habían exagerado: es una mujer que posee el vértigo de la viveza, pero que á la vez tiene un excelente corazón. Le he hablado de las quejas de mi madre acerca de la herencia que había tenido últimamente, y me ha enseñado los documentos y motivos que había en su favor, dándome cuenta á la

vez de las condiciones bajo las cuales está pronta á reintegrarnos de más de lo que le pedimos.... Bastante te he molestado hablando de este asunto; dile, sin embargo, á mi madre, que todo se arreglará. Créeme, amigo mío, en este asunto he llegado á comprender que el abandono y la mala inteligencia causan en el mundo más daños que la astucia y la maldad, ó por lo menos que estos dos últimos defectos no son tan frecuentes como muchos creen.

Hablando de otra cosa, puedo decirte que me encuentro muy bien aquí, porque la soledad de estos deliciosos parajes es un bálsamo para el alma, que se anima y se inflama con las galas de la estación. Cada árbol, cada planta, es un precioso ramillete que inspira al hombre el deseo de convertirse en mariposa para bañarse en las ondas de perfumes y alimentarse del néctar de las flores.

La población nada tiene de agradable; pero en cambio la naturaleza toma un aspecto encantador en sus alrededores. Sin duda por esta causa el difunto conde de M... hizo plantar un jardín sobre una de las innumerables colinas donde la naturaleza ha prodigado sus bellezas de una manera espléndida, formando los panoramas más deliciosos. Nada más sencillo que este jardín, y sin embargo, desde la puerta se adivina ya que el que lo ha hecho, más que un jardinero cuidadoso, era un hombre de corazón sensible y delicado que quería abismarse en sí mismo. Ya he tenido ocasión de honrar su memoria vertiendo abundantes y tiernas lágrimas en el ruinoso pabellón donde había establecido su retiro y donde yo encontraré también el mío, pues pienso ser dueño del jardín muy pronto. Pocos días hace aún que estoy aquí y ya me he hecho amigo del jardinero, el cual no tendrá por qué arrepentirse, si procura cuidar mis intereses.

10 de mayo.—Mi alma es presa en estos momentos de una admirable calma, parecida á la de esas suaves mañanas de la primavera en que las bellezas de la naturaleza elevan el corazón. Me encuentro solo y la vida me parece muy agradable en un sitio hecho expresamente para almas tan sensibles como la mía. ¡Soy tñ feliz en estos momentos; me domina de tal suerte la idea de mi tranquila existencia, que he abandonado mis ocupaciones: no puedo pintar, ni siquiera hacer un mal dibujo, y sin embargo, nunca he sentido tanto la pintura como ahora! Cuando el valle se cubre de espesos vapores y el sol nascente apenas puede atravesar con su luz las espesuras del bosque; cuando algunos rayos, quebrándose en las hojas, consiguen penetrar hasta el fondo de mi retiro; cuando reclinado sobre las altas yerbas,

al pie de la cascada acerco mis ojos á la tierra y descubro mil variedades de yerbecillas; cuando contemplo ese pequeño mundo que se agita entre las espigas, esa imperceptible variedad de gusanillos y de insectos que revisten innumerables formas, entonces siento la presencia del Sér Todopoderoso que nos ha formado á su imagen y cuyo aliento nos sostiene y arrebatá á una fuente eterna de placeres. ¡Ay amigo! cuando fijo la vista en esos objetos y el vasto universo se graba en el alma como la imagen de una esposa querida, siento encenderse los deseos y exclamo: ¿por qué no me es dado expresar las cosas con la misma fuerza que las siento? ¿Por qué no me es dado trasladar al papel esa vida que siento con tanta fuerza y tanto calor, convirtiéndole en espejo de mi alma como ésta lo es del Dios infinito?.. Pero, amigo mío, eomprendo que sucumbo ante la grandeza de imágenes tan sublimes y majestuosas.

12 de mayo.—Ignoro si algunos genios vagan por estas regiones ó si el encanto es hijo de un delirio celestial que se ha apoderado de mi corazón, pero lo cierto es que cuanto me rodea se debe parecer al paraíso. Junto á la ciudad hay una fuente á la que me arrastra un encanto parecido al de Melusina y sus hermanas. Al pie de una colina hay una gruta, y veinte escalones más abajo filtrase una agua purísima por entre el mármol. La tapia que la rodea, los árboles que le dan su sombra, la frescura que allí se respira, todo atrae y causa á la vez un sentimiento de terror. Todos los días descanso allí una hora cuando menos. Las jóvenes del pueblo van allí por agua; esa ocupación tranquila y útil á la vez, que en otro tiempo no desdñaban las mismas hijas de los reyes. Cuando me siento en este sitio asalta á mi memoria la idea de la vida patriarcal y recuerdo aquellos tiempos en que al lado de las fuentes se entablaban las relaciones amorosas y en que alrededor de los pozos y los manantiales vagaban los genios del bien. El que no sienta esto como yo lo siento, será por que nunca habrá descansado al lado de una fuente después de una marcha fatigosa y abrasado por el sol.

13 de Mayo.—¿Me preguntas cuándo me enviarás los libros? Por Dios, amigo mío, no tengas ninguna prisa. No quiero que me guíen, ni que me exciten, ni que me inflamen, pues el corazón fermenta demasiado por sí mismo. Más falta me hacen cantos que me adormezcan, como los que abundan en las obras de Homero. ¡Cuántas veces han apagado el ardor de mi sangre! ¡Tú no has visto nada tan desigual y tan inquieto como mi corazón! ¡Y te lo digo á ti que tantas veces me has visto con disgusto pasar de la tristeza á la alegría más extraña, y de la dulce melancolía á una pasión furiosa!.... Trato á mi

corazón como á un niño enfermo, pero no se lo digas á nadie porque muchos lo mirarían como un crimen.

15 de Mayo.—La mayor parte de los honrados vecinos del pueblo me conocen ya y me aprecian mucho, sobre todo los niños. Cuando empecé á mezclarme con ellos y á hacerles algunas preguntas, por más que cuidaba hablarles con el mayor cariño, se figuraban que me quería burlar, y se alejaban bruscamente. No me incomodaba por ello; pero comprendí cuán exacta era una observación que había hecho algún tiempo antes, esto es: que las personas de cierto rango se mantienen casi siempre fríamente alejadas de sus inferiores, como si temiesen perder algo al acercarse, y que muchas veces las gentes burlo-nas y de malos instintos hacen como que se aproximan al pueblo con el objeto de humillarle más.

Demasiado sé que no somos todos iguales y que no lo podemos ser; pero me parece que el que se cree obligado á mantenerse á cierta distancia de lo que se llama pueblo para hacerse respetar, es como el cobarde que huye de su enemigo por miedo de ser vencido.

Hace poco estuve en la fuente y encontré una criada joven que había colocado el cántaro en el último peldaño de la escalera y que miraba á todas partes para ver de encontrar una compañera que le ayudase á subirlo á la cabeza. Bajé, y mirándola le dije: “¿Quieres que te ayude?”—“Señor....” me contestó roja como la grana....—“Vamos, no tengas inconveniente.” Le ayudé á colocar el cántaro, me dio las gracias y se marchó.

17 de Mayo.—He trabado conocimientos de todas clases, pero aun no he encontrado un punto de reunión. No sé qué secreto atractivo tengo para los hombres; todos me buscan y yo siento una extraña melancolía cuando me veo obligado á acompañarlos, aunque no sea más que por breves instantes. Si me preguntas cómo son las gentes de este pueblo, te diré que como las de todas partes. La raza humana es singularmente uniforme. Muchos trabajan una buena parte del día para ganarse la subsistencia, y el poco tiempo que les queda libre les es tan molesto que procuran el modo de pasarlo pronto. ¡Oh destino del hombre!

Por lo demás, son muy buenas gentes. Cuando algunas veces procuro disfrutar con ellos de los placeres que aun le quedan al hombre, como el conversar alegremente al rededor de una mesa bien servida, salir á dar un paseo en carruaje, ir á un baile de confianza, etc., todo me produce el mejor efecto; pero en aquellos momentos necesito que no me asalte la imaginación la idea de que soy dueño de otras muchas facultades que se enmo-

hacen faltas del uso necesario, y las cuales me veo obligado á ocultar con el mayor cuidado. ¡Esta idea me oprime el corazón! Y sin embargo, la suerte de algunos hombres consiste en que no se les comprenda.

¡Ah! por qué no existe la amada de mi juventud! ¡Por qué la conocí! En vano me digo: “Estás loco y buscas lo que no se encuentra aquí bajo... Pero ya la he poseído, he sentido latir su corazón, he conocido su alma en cuya presencia me creía más de lo que era, porque era cuanto podía ser. ¡Dios mío! ¿había una sola facultad en el alma que permaneciese inactiva? ¿No podía desarrollar en su presencia ese poder admirable, merced al cual mi corazón abraza toda la naturaleza? Nuestro trato era cambio continuo de sensaciones nacidas del fondo del corazón y de manifestaciones del alma. Junto á ella, todo demostraba el ingenio, hasta la picante galantería. Y ahora... ¡ah! los años que ella tenía más que yo, la han conducido al sepulcro.... Yo no podré olvidar nunca su firmeza de carácter y su divina indulgencia.

Hace pocos días encontré al joven V.... Tiene un trato muy franco y cierto aire de satisfacción. Acaba de terminar sus estudios y aun cuando no se cree un talento superior, sabe no obstante que tiene más instrucción que otros muchos. Se ve, con efecto, que es estudioso y que posee algun caudal de conocimientos. Desde que ha sabido que yo dibujo y poseo el griego (dos verdaderos fenómenos en este país) ha trabado gran amistad conmigo y me ha dado á conocer todo lo que sabe, desde Batteux hasta Wood y desde Piles hasta Winckelmann; me aseguró que había leído todo el primer tomo de la teoría de Sulzer y que poseía un manuscrito de Heyne sobre un estudio de la antigüedad. Yo le he dejado hablar.

También he trabado conocimiento con un sujeto muy apreciable, con el Bailío del príncipe, persona muy franca y leal. Dicen que da gusto verle enmedio de sus nueve hijos, de los cuales la hija mayor aseguran que vale mucho. Me ha dicho que vaya á su casa y pronto espero complacerle. Habita á legua y media de aquí en una casa que utiliza el príncipe durante sus cacerías, y á la cual le permitieron retirarse, porque con motivo de la muerte de su esposa le era muy doloroso el tener que vivir en la población y sobre todo en su casa.

Por lo demás, se han cruzado en mi camino muchas caricaturas originales, que se me hacen insoportables, sobre todo por sus muestras de amistad.

Adiós. Esta carta te debe agradar porque en ella todo es histórico.

22 de Mayo.—Por todas partes me asalta la idea de que la vida es un sueño, aunque esto lo hayan dicho otros muchos antes que yo. Cuando considero los estrechos límites á que se hallan reducidas las facultades del hombre, su actividad y su inteligencia; cuando veo que agotamos todas nuestras fuerzas en la satisfacción de las necesidades y que éstas no tienen más objeto que el prolongar la miserable existencia; cuando veo que en muchas ocasiones nuestra tranquilidad no es otra cosa que una resignación hija de las ilusiones, parecida á la de los prisioneros que llenan de variados dibujos y de alegres perspectivas las paredes de su calabozo, no puedo menos de quedarme mudo. Penetro en mi interior y encuentro un mundo de presentimientos y de sombríos deseos más bien que real y activo. Entonces todo vacila á mi vista, y sonrío y continúo mi viaje por el universo, soñando siempre. Los maestros dicen que en los niños no existe la reflexión, pero quizás nadie quiera creer, cuando en mi sentir no hay verdad más evidente, que los hombres á la vez no son más que niños grandes que se arrastran por el mundo sin saber de dónde vienen ni á donde van y que, como á aquéllos, se les dirige con dulces, con juguetes y con azotes.

Como no ignoro lo que me vas á contestar, quiero anticiparme diciéndote que los hombres más felices son aquellos que, como los niños, viven al día; pasean su muñeca, la visten y la vuelven á desnudar, dan vueltas por delante del cajón donde la madre encierra las golosinas, y cuando les dan alguna, la devoran con ansia y se ponen á gritar: ¡Más!... ¡Sí, esas son las criaturas más felices! ¡Felices son también aquéllos que adornan pomposamente sus fútiles trabajos ó sus extravagancias y las presentan á la humanidad como si fuesen obras gigantescas que hubiesen de favorecer su bienestar y su prosperidad! ¡Feliz el que piensa de tal manera! Sin embargo, el que reconoce humildemente dónde acaba todo eso; el que ve al labrador adornar su jardinillo haciendo de él un paraíso, y al mismo tiempo mira al desgraciado que sigue su camino oprimido por la miseria y sin despegar los labios, comprende que ambos tienen el mismo interés en contemplar un momento más la luz del sol; ése á mi entender, vive tranquilo, se crea un mundo á su manera, y está contento de haber nacido; por limitado que se halle su poder conserva en el fondo del corazón la idea de la libertad y sabe que abandonará su prisión tan pronto como lo estime conveniente.

26 de mayo.—De antiguo conoces mi manera de vivir y sabes que cuando encuentro un sitio que me gusta, me arreglo un departamento donde vivo descansado. Pues bien, también aquí

he encontrado un sitio que me agrada y donde me he establecido.

A una legua del pueblo hay una aldea llamada Wahlheim, colocada sobre una colina encantadora. Cuando se sube por la colina que á ella conduce se ve todo el valle á vista de pájaro. Una mujer servicial y muy ágil para su edad tiene una cantina donde vende vino, cerveza y café; pero lo que más me agrada son dos frondosos tilos, cuyas ramas cubren la plazoleta de la iglesia, la cual se halla rodeada de granjas, alquerías y cabañas. Es de todo punto imposible el encontrar un sitio más agradable, más silencioso y que me guste más. Le hago llevar á mi huésped una mesita y una silla y allí tomo café y leo á Homero. La primera vez que la casualidad me llevó bajo los tilos era una tarde hermosísima en que la plaza estaba completamente sola; todos se habían ido al campo y sólo encontré sentado en el suelo á un niño de catorce años que tenía sobre las rodillas una criaturita de seis meses, cuyos brazos sostenía como si le sirviesen de silla. No obstante la vivacidad de sus negros ojos que miraban con rapidez á todos lados, estaba muy tranquilo. Me agradó mucho el grupo, y sentándome sobre un arado que había enfrente, dibujé con gusto aquella escena fraternal: añadí algunos matorrales, la puerta de una granja y varias ruedas hechas pedazos, todo en el mismo desorden en que se hallaba, y me encontré con que había hecho un dibujo bien compuesto y muy interesante, sin haber puesto nada de mi cosecha. Esto me ha confirmado en mi resolución de atenerme únicamente á la naturaleza, que es la que verdaderamente posee una riqueza inagotable y forma los grandes artistas. Mucho se puede decir en favor de las reglas, como en favor de las leyes de la sociedad. Un hombre que observe las reglas no producirá nunca ningún absurdo, ni cosas que sean malas en absoluto; de la misma manera que el que se deja guiar por las leyes y por el propio decoro, no puede ser nunca un vecino insoportable, ni un malhechor. En cambio, toda regla, cualquiera que sea, mata el verdadero sentimiento de la naturaleza y su verdadera expresión. Sé que vas á decirme: "Eso no es verdad; las reglas no hacen otra cosa que limitar y cortar las ramas inútiles." ¿Quieres que te presente una comparación? Lo mismo sucede en esto que en el amor: un joven se enamora de una mujer bonita: la sigue á todas partes, le prodiga todo género de atenciones y hace cuanto puede para probarle que le pertenece en cuerpo y alma. De improviso se le presenta un sujeto que le dice: "Es muy natural en los hombres el enamorarse, pero es también necesario amar como los hombres. Reglamentad el tiempo y dedicad una parte al trabajo, que con las horas de descanso hay bastante para la

mujer amada. Consultad el estado de vuestra fortuna y hacedle algunos regalos con el dinero que no necesitéis para vuestras atenciones, y aun éstos no con mucha frecuencia sino el día de su santo, el de su cumpleaños, etcétera.” Si el joven siguiese estos consejos no hay duda ninguna en que sería una persona muy útil y hasta me atrevo á asegurar que el gobierno haría muy bien dándole un empleo en sus oficinas; pero entonces acabaría el amor y si fuese artista le daría el último adiós á su genio. ¡Oh, amigos míos! ¿por qué el torrente del genio se desborda tan pocas veces? ¿Por qué tan pocas veces se encrespan sus olas y vienen á sacudir vuestras almas aletargadas? Es porque allá abajo, en ambas riberas, viven hombres graves y reflexivos que temen ver inundadas sus casas, sus jardines, sus campos de tulipanes y sus huertos, y á fuerza de oponerle dique al torrente y de abrirle sangrías, consiguen evitar el peligro que les amenaza.

27 de Mayo.--Arrebatado por el entusiasmo, por las comparaciones y por la declamación, veo que me he olvidado de contaros lo que fue de los dos muchachos. Cerca de dos horas permanecí sentado sobre el arado y absorto en las reflexiones artísticas que me hicieron escribir la desañilada carta de ayer. Al anoecer vino una mujer joven y con una cesta al brazo, á buscar á los niños, que no se habían movido de su sitio: “Felipe, gritó desde lejos, eres un buen muchacho.” Me saludó y le contesté, preguntándole al mismo tiempo si era la madre de los niños. Me dijo que sí y después de haberle dado un panecillo al mayor, cogió al más pequeño, al cual abrazó con toda la ternura de una madre. ‘Le he dejado el niño á Felipe, me dijo, porque he tenido que ir al pueblo con el hijo mayor para comprar pan blanco, azúcar y una olla de barro.” Todo esto se veía en la cesta, que acababa de destapar. “Esta noche le voy á hacer unas papillas á mi Juanito (este era el nombre del niño más pequeño). Ayer el mayor me rompió el puchero, riñendo con Felipe por rebañarlo.” Pregunté dónde estaba el mayor, y apenas me hubo contestado que iba por el prado corriendo tras de las ocas, cuando vino saltando para traerle á Felipe una varita de avellano. Continué hablando con esta mujer y supe que era hija de un maestro de escuela y que su marido se había marchado á Suiza para recoger la herencia de un primo. “Querían engañarle, me dijo, y en vista de que no contestaban á las cartas, resolvió marchar él en persona. Aun no he recibido noticias suyas. ¡Dios quiera que no le haya sucedido nada!” Dejé con sentimiento á esta buena mujer; le dí un kreutzer á cada niño y otro á la madre para comprarle pan

blanco al más pequeño cuando fuese al pueblo, y nos separamos

Amigo mío, cuando siento que la sangre hierve y se agita, no hay nada que me domine tanto como la vista de una criatura como esa, que recorre el breve círculo de su existencia en medio de la más completa tranquilidad; posee lo necesario para pasar el día y ve caer las hojas, sin acordarse de otra cosa que de la proximidad del invierno.

Desde aquel día voy con frecuencia á tan delicioso sitio; los niños han tomado conmigo alguna familiaridad y yo les doy terroncitos de azúcar cuando tomo café; por la tarde partimos el pan con manteca y la leche cuajada. Todos los domingos les doy un kreutzer y si por casualidad no estoy á la hora que ellos van á la iglesia, la dueña de la cantina se encarga de hacer la distribución.

No tienen nada de ariscos, de manera que me cuentan todo lo que se les ocurre, siendo unas de las cosas que más me divierten el ver cómo se descubren sus pasiones y los celos que de ellos se apoderan cuando ven que se acercan á mí los otros niños de la aldea.

Me ha costado mucho trabajo el tranquilizar á la madre, que siempre tenía la idea de que "incomodarían al señor."

30 de Mayo.—Lo que te dije de la pintura puede aplicarse muy bien á la poesía. Se trata únicamente de reconocer lo bello y atreverse á expresarlo: decir mucho en pocas palabras. Hoy he presenciado una escena, que bien expuesta formaría el idilio más bello que se pueda imaginar. ¿Pero á qué vienen esas palabras de poesía, escena é idilio? ¿Por qué hemos de estar siempre ocupados en crear tipos cuando sólo se trata de dejarse arrastrar y tomar con interés algun accidente de la naturaleza?

Si después de esta introducción esperas una cosa grande y majestuosa, estás equivocado: no se trata más que de un labrador. Según mi costumbre haré una mala narración, y según la tuya la encontrarás exagerada. También en esta ocasión es Wahlheim quien ha engendrado la maravilla.

Bajo los tilos se había reunido un grupo para tomar café, y como no fuese de mi agrado, busqué un pretexto para no entrar en conversación.

Un labrador bastante joven salió de una casa vecina y vino á arreglar no sé qué cosa en el arado de que ya te he hablado. Me fue simpático y acercándome á él le dirigí algunas preguntas acerca de su estado; nos hicimos amigos en un momento, como sucede generalmente con las personas honradas. Me dijo que servía á una viuda, que le trataba con mucho cariño, y

me hizo tales elogios de ella que comprendí bien pronto que estaba enamorado en cuerpo y alma: "No es muy joven, añadió, y como ha sido bastante desgraciada con su primer marido, no quiere volver á casarse." Su manera de hablar demostraba, bien á las claras, que á sus ojos era bonita, encantadora y que deseaba que fijase en él su atención para hacerle olvidar el recuerdo de los malos tratos de su primer marido. Si quisiera pintarte el puro amor y la fidelidad de este hombre, necesitaría repetirte su conversación palabra por palabra. Necesitaría el talento de un gran poeta para explicarte la expresión de sus acciones, la armonía de su voz y el fuego de sus miradas. No hay una lengua que pueda representar la ternura que animaba sus ojos y su conversasión. Lo que más me llamó la atención fue el temor que abrigaba de que yo pudiese sospechar que le guiaban propósitos poco nobles en su pasión. Allá, en lo más profundo de mi alma, acaricio todavía el placer que me causó el oírle hablar de aquella mujer, que sin estar dotada de los atractivos de la juventud, le seducía y le encadenaba de la manera más poderosa. Nunca había visto deseos más ardientes acompañados de mayor pureza; hasta me atrevo á asegurar que nunca había imaginado ni soñado siquiera pureza semejante. No me avergüenzo de confesarte que me consumo al recordar tanta inocencia y amor tan verdadero; que la idea de esa ternura me sigue á todas partes y que, como si me abrasase igual fuego, languidezco y me muero.

Quisiera conocer á esa mujer, pero pensándolo mejor he comprendido que vale más el evitarlo. Vale más el verla solo por los ojos de su amante; porque tal vez á los míos no apareciera tan bella como ahora la concibo; y ¿por qué he de privarme de tan preciosa imagen?

16 de junio. — ¿Por qué no te escribo? ¿Y me lo preguntas tú que tanto sabes? Debes presumir que me encuentro bien y que... en una palabra, he entablado unas relaciones que tocan muy de cerca al corazón. Yo he... nada.

Difícil sería contarte de una manera ordenada cómo he llegado á conocer á una criatura tan angelical. Estoy contento, soy feliz, y por lo mismo no puedo ser un fiel historiador.

¡Un ángel! ¡Pchi! ¿No es verdad que todos dicen lo mismo? No estoy, verdaderamente, en situación de explicarte el cómo y el por qué es tan perfecta. Bastará con que te diga que ha satisfecho todas mis aspiraciones. ¡Cuánta ingenuidad en medio de su talento! ¡Cuánta bondad unida á su enérgico carácter! ¡Cuánta tranquilidad dentro de su vivacidad!

Todo cuanto te digo no son más que palabras vagas, frías

abstracciones que no dan á conocer ni uno solo de sus rasgos. En otra ocasión. . . pero nó, te lo contaré todo de una vez, porque si no lo hago así no te lo diré nunca, pues desde que he empezado la carta ya he estado tentado tres veces de arrojar la pluma y de hacer que me ensillasen el caballo para irme á pasear. Sin embargo, he jurado no salir de casa en toda la mañana, lo cual no sirve de obstáculo para que á cada momento me asome á la ventana para consultar la altura del sol. . . .

No he podido contenerme y me he ido á su casa. Ya estoy de vuelta. Voy á escribirte mientras ceno, porque no quiero acostarme sin haberte comunicado mis sentimientos. ¡Cuánto me deleita el verla en medio de sus ocho hermanos, tan alegres y tan cariñosos!

Si continúo por el mismo camino, vas á quedar tan enterado al principio como al fin. Escúchame, que voy á hacer lo posible para entrar en materia.

Ya te dije hace pocos días que había entablado relaciones con el Bailío S. . . y que le había prometido ir á verle en su retiro, ó mejor dicho, en su reino. Ya me iba olvidando de su invitación y quizás hubiese acabado por no visitarle si la casualidad no me hubiese dado á conocer el tesoro escondido en aquel retiro.

Los jóvenes habían dispuesto un baile campestre en el que me comprometí á tomar parte. Ofrecile mi brazo á una muchacha del pueblo bastante bonita, pero que no tenía nada de particular. Convinimos en que yo alquilaría un carruaje y llevaría á mi pareja y á su prima al lugar de la reunión y que en el camino tomaríamos á Carlota S. . . “Vais á conocer á una muchacha preciosa,” me dijo mi compañera cuando atravesábamos el bosque y nos aproximábamos á la casa. “Id con cuidado y no os enamoréis” añadió la prima. —“¿Por qué?” —“Porque está prometida á un joven á quien la muerte de su padre obligó á suspender sus estudios y ahora se ha marchado á pedir un empleo importante.” Escuché todo esto con cierta indiferencia.

El sol iba á trasponer las colinas cuando el carruaje se detuvo á la puerta de la casa. La atmósfera era muy pesada y las señoras empezaban á temer que estallase una tempestad que parecían anunciar los negros nubarrones que se cernían sobre nuestras cabezas. Procuré disipar su inquietud dándome aires de gran conocedor del tiempo, por más que empezase también á creer que se aguaría la fiesta.

Ya había echado pie á tierra cuando se presentó una criada á decirnos que la señorita Carlota iba á bajar en seguida, y nos rogaba que la esperásemos un momento. Atravesé el por-

tal para conocer de cerca un edificio tan lindo; subí las escaleras y al entrar en la primera habitación se presentó á mis ojos el espectáculo más encantador que he visto en mi vida: seis niños de dos á once años se agrupaban alrededor de una joven de mediana estatura, pero elegante, y vestida con un traje blanco adornado con lazos de color de rosa sobre el pecho y los brazos. Tenía en la mano un pan que repartía entre los niños, dándole á cada uno un pedazo proporcionado á su edad y á su apetito. Me dejó encantado la amabilidad con que lo repartía y el oírles á todos los niños darle las gracias cuando les tocaba su turno. Todas las manos se hallaban extendidas antes de que hubiese cortado el pedazo que iba á repartir, y cuando cada niño recibía su parte se iba saltando ó se acercaba con la mayor formalidad á la puerta para ver á las señoras y el carruaje que debía llevarse á su querida Carlota. “Siento mucho, me dijo, que os hayáis tomado la molestia de subir y que las señoras hayan tenido que esperarme. Entre vestirme y arreglar la casa, me había olvidado de darles á comer á los niños y ¡como quieren siempre que les corte yo el pan!...” Le respondí con cierta gravedad, porque estaba encantado contemplando su traje, su voz y sus modales. Apenas tuve tiempo para reponerme de mi sorpresa durante el tiempo que necesitó para ir á su cuarto por los guantes y el abanico. Los niños me miraban de reojo á cierta distancia. Me acerqué al más joven, que era muy simpático y ya empezaba á huír, cuando salió Carlota y le dijo: “Luis, dale la mano á tu primo.” Me la alargó con aire resuelto y á pesar de que tenía las narices llenas de mocos, no pude menos de darle un cordial abrazo. Le ofrecí la mano á Carlota y le dije: “¡Primo! ¿Me creéis digno de tan bello nombre?” “¡Sí! me contestó con cierta sonrisa maliciosa, nuestra familia es muy larga y sentiría que fueseis el menos bondadoso de nuestros parientes.” Al salir le encargó á Sofía, niña de unos once años y la mayor de las hermanas, que cuidase de sus hermanos y diese un abrazo á su padre cuando volviese de paseo. Al mismo tiempo les dijo á los muchachos que obedeciesen á su hermana, lo cual prometieron casi todos; pero una niña rubia y que tendría seis años á lo más, le contestó: “Pero no más que á ti, porque te queremos mucho.” Los dos niños mayores se encaramaron á la trasera del coche y por mi intercesión les permitió que nos acompañasen hasta la salida del bosque, no sin que antes hubiesen prometido no hacer ninguna calaverada.

Cada uno se sentó en su sitio y apenas habían tenido tiempo las señoras para saludarse y hablar de los trajes, de los sombreros y de las personas á quienes creían encontrar en el baile,

cuando Carlota mandó al cochero que parase é hizo bajar á sus hermanos. Estos le pidieron la mano para besársela, lo cual hizo el primero con toda la ternura de un joven de quince años, y el segundo con no poco atolondramiento y vivacidad. Carlota les encargó muchos besos para los niños más pequeños y en seguida continuamos nuestro camino.

"¿Has leído el libro que te dejé?" le dijo la prima. — "No, porque no me gustaba; ya te lo devolveré. El caso es que el que me dejaste anteriormente tampoco valía nada." Tenía ganas de saber qué libros eran éstos y con no poca sorpresa supe que se trataba de las obras de*** (*). Encontraba un fondo de buen sentido en todo cuanto decía, y á cada palabra descubría nuevos rasgos de viveza en su fisonomía, que parecía animarse más y más al ver que yo la comprendía.

"Cuando era niña, me dijo, nada me gustaba tanto como las novelas. ¡Con qué satisfacción me metía los domingos en un rincón solitario de la casa para participar de las desgracias y alegrías de alguna miss Jenny. Aun les tengo algún cariño á las novelas, pero como me queda muy poco tiempo para leer, busco siempre aquellos libros que más me agradan. Ningún autor me gusta tanto como el que pinta el mundo en que vivo y cuanto me rodea; aquel cuyas escenas interesan al corazón lo mismo que las de mi vida doméstica, la cual sin ser un paraíso, es sin embargo para mí manantial fecundo de inexplicable felicidad."

Procuré ocultar la emoción que me habían producido estas palabras, pero no pude lograrlo por mucho tiempo, pues cuando la oí hablar del *Vicario de Wakefield* y de algunos otros libros (2), no pude contenerme y le dije todo cuanto se me ocurrió. Cuando Carlota dirigió la palabra á sus compañeras vi que se habían quedado mudas y con los ojos abiertos. La prima me miró con cierto aire burlón del que no hice caso.

La conversación recayó sobre la diversión del baile: "Ignoro, dijo Carlota, si es ó nó un defecto semejante pasión, pero puedo asegurar que no he encontrado nada mejor que el baile. Cuando me preocupa alguna idea me acerco al piano, toco una contradanza, y aunque el instrumento desafine se desvanecen los pensamientos."

*.—Hemos suprimido el nombre del autor para no mortificar á nadie, por más que sepamos demasiado bien que no se debe hacer mucho caso de la opinión de una joven, y sobre todo de un joven de ideas tan inconstantes como Werther.

*.—También aquí hemos suprimido los nombres de algunos autores: quien comprenda á Carlota, les encontrará en su corazón. Al que no se encuentre en tal caso poco le importan.

¡Cómo miraban sus negros ojos durante esta conversación! ¡Cómo atraían mi alma sus labios rojos y sus frescas mejillas! Muchas veces, arrebatado por la expresión de sus palabras y por la emoción que en mí producían, acababa por no oír. Tú que tanto me conoces te formarás una idea de lo que por mí pasaba. En una palabra, cuando llegamos á la casa donde se celebraba la fiesta y me apeé del carruaje, estaba ofuscado y de tal modo perdido en el mundo de los sueños que apenas oía la música, cuya dulce armonía llegaba hasta nosotros desde el fondo del salón iluminado.

Audran y un tal N..N.. (¿Cómo recordar estos nombres?) que eran las parejas de la prima y de Carlota, nos recibieron á la puerta, tomaron del brazo á sus prometidas y yo subí con la mía.

Bailamos mucho y pude observar que me parecían más torpes aquellas muchachas que tardaban más en darme la mano para concluir. Carlota y su pareja bailaron una contradanza inglesa, y no puedes imaginarte cuán grande fue mi satisfacción cuando le tocó la figura en que había de bailar conmigo. ¡Es preciso verla bailar! ¡Baila con todo el corazón y con toda el alma! Todo está en armonía y se abandona de tal suerte, que parece como que no se acuerda de nada más que del baile. Creo efectivamente que es lo único que para ella existe en aquel momento.

La pedí para la segunda contradanza, pero no quiso aceptar más que para la tercera, asegurándome con la más franca amabilidad que le gustaría bailar la alemana. "Aquí hay la costumbre, añadió, de que los caballeros bailen la alemana con su pareja, pero el mío vals muy mal y me dispensa de semejante obligación: vuestra pareja tampoco la sabe, ni se cuida de ello, y he visto que cuando bailabais la inglesa, valsabais muy bien. Si queréis bailar la alemana conmigo, pedidle permiso á mi pareja, mientras yo se lo pido á la vuestra." Acepté, y convinimos en que mientras nosotros bailásemos, el caballero de Carlota haría tertulia á mi pareja.

Comenzamos haciendo diferentes pasos y figuras. ¡Cuánta gracia y agilidad había en sus movimientos! Cuando llegamos á los vales y empezaron las parejas á dar vueltas unas alrededor de otras como las esferas celestes, hubo al principio alguna confusión porque pocos sabían los movimientos; pero nosotros obramos con prudencia dejando pasar el primer ímpetu. Cuando los menos diestros se retiraron, nos apoderamos del salón y continuamos, seguidos únicamente por Audran y su pa-

reja. Nunca me he encontrado más ligero ¡era más que un hombre! ¡Tener entre mis brazos á la más hermosa de las criaturas! ¡Volar con ella como arrastrados por la tempestad! ¡Ver pasar y desvanecerse los objetos á mi alrededor!... Guillermo, voy á hablarte con franqueza: en aquel momento juré que toda mujer á quien yo amase y sobre la cual abrigase alguna pretensión, no bailaría más que conmigo, aunque me costase la vida! Ya me entiendes.

Dimos algunas vueltas por la sala para tomar aliento y después ella se sentó. Busqué unas naranjas que tenía guardadas, se las presenté para que refrescase y vi con gusto que no le desagradó el obsequio. Le ofrecí algunos pedazos á una señora que había allí cerca, y cada uno que ésta tomaba me hería como si me diesen una puñalada.

En la tercera contradanza inglesa formábamos la segunda pareja. Cuando pasábamos dando la vuelta, yo, loco de alegría, me hallaba encadenado á ella por medio de los brazos y de los ojos, en los que brillaba el placer más puro é inocente; una mujer que no tenía nada de joven, pero que me había llamado la atención por lo simpático de su fisonomía, miró á Carlota con cierta sonrisa, y haciendo una señal de amenaza con el dedo, pronunció por dos veces el nombre de Alberto, de una manera bastante significativa. “¿Podría, sin ofenderos, le dije á Carlota, preguntaros quién es Alberto?” Iba á responderme cuando nos tuvimos que separar para hacer la cadena grande. Cuando nos cruzamos de nuevo advertí en su fisonomía algo misterioso. “¿Por qué os lo he de ocultar? me dijo al alargarme la mano para dar el paseo. Alberto es un joven muy apreciable á quien estoy prometida.” Aun cuando la noticia no me venía de nuevo, porque ya me la habían dado por el camino mis compañeras, me hizo el mismo efecto que si no la esperase, desde el momento en que se refería á una persona que en tan corto tiempo se me había hecho tan simpática. En un momento me turbé, equivoqué la figura y trastorné el baile; se necesitó que Carlota me arrastrase y con su presencia de ánimo restableciese el orden.

Aunque no se había terminado la fiesta, cuando los relámpagos que hacía largo rato brillaban en el cielo y yo sostenía que eran hijos del calor, empezaron á ser más vivos y á apagar con el estampido del trueno las armonías de la orquesta. Tres señoras abandonaron el salón, seguidas de los caballeros que las habían acompañado: el desorden se hizo general y la música cesó. Esto mismo sucede siempre que un súbito terror nos sorprende en medio de un placer, bien sea porque la impresión

es mayor que en otras circunstancias, bien por el contraste, ya también porque los sentidos se encuentran más despiertos y tienen mayor aptitud para percibir rápidamente las emociones fuertes. A ello atribuí los gestos que hicieron muchas señoras. La más prudente se metió en un rincón, de espaldas á la ventana y con los oídos tapados; otra se puso de rodillas delante de ésta y escondió la cara en su regazo; otra se metió entre las dos y abrazó á su hermanita llorando. Algunas querían marcharse á sus casas; otras no sabían qué hacer y ni valor tenían para rechazar la audacia de algunos jóvenes calaveras que parecía como que querían robarles de los labios las ardientes plegarias que dirigían al cielo. Un grupo de hombres había salido del salón para fumar tranquilamente; los demás que formaban la reunión aceptaron el ofrecimiento de la dueña de la casa, que se apresuró á indicarles una habitación cuya ventana tenía puertas y cortinas. Apenas entramos, Carlota comenzó á colocar sillas á su alrededor, y cuando todos se habían sentado propuso un juego.

En cuanto dijo esto, muchos de los jóvenes que se hallaban presentes pensaron que iban á divertirse mucho y procuraron tomar un aire agradable. “Jugaremos á *Contar*, les dijo. Escuchadme bien: Yo daré vueltas á derecha ó izquierda, y cada uno dirá el número que le corresponda, tan aprisa como yo vaya dando la vuelta. El que titubee ó se equivoque recibirá un bofetón. El juego fue en verdad muy divertido. Comenzó á dar vueltas con el brazo extendido: *Uno*, gritó el primero; *Dos*, el segundo; *Tres*, el tercero, etc. Carlota empezó á dar vueltas con mayor rapidez: Uno se equivoca ¡*¡paf!* un bofetón; el que le sigue se ríe, ¡*¡paf!* otro, y Carlota continúa aumentando la velocidad de su carrera. Yo recibí dos y me pareció advertir con cierta satisfacción que me los daba más fuertes que á los otros. Una carcajada general puso fin al juego antes de contar hasta mil y las personas de mayor intimidad se acercaron para hablar. La tormenta había pasado, y cuando acompañé á Carlota á la otra sala, me dijo: “Los bofetones les han hecho olvidar los truenos y todo.” No me atreví á contestarle nada. “Yo era una de las más medrosas, añadió, pero afectando valor para inspirarlo á los otros, he acabado por tenerlo.” Nos acercamos á la ventana para ver la tempestad, que ya sonaba á lo lejos. Una benéfica lluvia caía sobre los campos, y las frescas brisas nos traían en sus ráfagas los perfumes que exhalaban las plantas. Carlota estaba apoyada sobre el codo, paseó la vista por el campo, la dirigió al cielo y por último fijó sus ojos en los míos. ¡Estaba llorando! Puso una mano sobre la mía y exclamó:

mó: “¡Oh Klopstock! (*)” Me acordé en seguida de la sublime oda que ocupaba su pensamiento, y me sentí arrastrado por el torrente de sentimientos que derramaba en aquel instante sobre mí. No pude contenerme, é inclinándome le cubrí la mano de besos y de lágrimas. Levanté nuevamente los ojos. ¡Oh divino Klopstock! aquella mirada era tu mejor apoteosis. ¡Que no vuelva yo á oír tu nombre, tantas veces profanado!

19 de junio.—No me acuerdo dónde dejé mi historia en la carta anterior. Lo único que sé es que eran las dos de la madrugada cuando me acosté y que si en vez de escribierte hubiésemos hablado, quizás te hubiese entretenido hasta el amanecer. Aún no te he referido lo que nos sucedió al salir del baile, pero hoy me falta el tiempo para ello

Hacía una mañana magnífica y era muy agradable el atravesar el bosque húmedo todavía por la lluvia y refrescado por el ambiente de los campos. Nuestras compañeras empezaron á dormitar y Carlota me dijo que si quería imitarlas no lo dejase por ella. “Mientras vea abiertos vuestros ojos, le contesté, mirándola fijamente, no es posible que se cierren los míos.” Estuvimos despiertos hasta llegar á su casa. Una criada abrió la puerta con el mayor cuidado y á las preguntas de Carlota contestó que el padre y los niños dormían aún. Me despedí, no sin haber solicitado y conseguido el permiso para volver á verla aquel mismo día, y desde aquel momento el sol, la luna y las estrellas pueden recorrer su órbita como les parezca bien, pues para mí no existe ni el día ni la noche: el universo ha desaparecido á mi alrededor.

21 de junio.—Gozo de unos días tan felices como los que Dios reserva á sus elegidos y sucédame lo que me suceda, jamás podré ya decir que no he disfrutado de la dicha más pura de la tierra. Ya conoces mi casa de Wahlheim, donde me he establecido; desde ella hasta la de Carlota no hay más que media legua, que me es fácil recorrer para gozar de toda la felicidad que es dada al hombre, ¡Nunca pude sospechar que esta aldea que yo había señalado como límite de mi paseo estaba tan cerca del cielo! ¡Cuántas veces durante mis largos paseos, ya desde la cima de las montañas, ya desde el valle, he visto al otro lado del río ese edificio que hoy encierra todos mis pensamientos!—Querido Guillermo, muchas veces he reflexionado acerca del deseo que el hombre tiene de extenderse, de hacer nuevos descubrimientos, de ir aquí ó allá; pero en muchas ocasiones esta corriente interior se ve limitada por la rutina, que

*—Famoso poeta alemán, autor de *La Mastuda*.

no nos permite ni aun siquiera el ver lo que pasa á nuestro alrededor.

No deja de causarme cierta extrañeza el recordar que cuando vine aquí por vez primera y contemplé el valle desde la colina, me senti atraído por todas partes. Aquí el bosque. ¡quién pudiera formar parte de su follaje! Allá la cima de una montaña. ¡quién pudiera como ella abrazar todo el valle con una sola mirada! Al otro lado una serie de colinas y algunos lindos valles. ¡quién pudiera perderse en ellos! Revoloteaba por toda la comarca sin encontrar lo que buscaba. No sucede lo mismo con el porvenir que con lo que se halla lejos. Un horizonte inmenso y misterioso se abre delante de nuestra alma; la idea penetra como nuestra mirada y deseamos trasladar allá toda nuestra existencia para que se abisme en las delicias de un sólo sentimiento grande y majestuoso. Corremos, volamos, pero ¡ah! cuando nos acercamos á lo que considerábamos muy lejano, nada cambia y nos encontramos á solas con nuestra miseria, encerrados en el mismo círculo, y el alma empieza á suspirar de nuevo por la dicha que se le acaba de escapar.

De la misma manera también el vagamundo suspira al fin por su patria y encuentra en su cabaña, al lado de su mujer, rodeado por sus hijos, y en los mismos trabajos que ha de sobrellevar para alimentarles, las delicias que en vano había buscado por toda la tierra.

Quando al despuntar el día voy á Wahlheim y cojo por mis propias manos los guisantes que crecen en el huerto de mi huésped, y me siento para deshacerlos, mientras leo á Homero; cuando escojo el puchero en que los he de cocer, corto la manteca, pongo los guisantes al fuego, los tapo y me siento al lado del hogar para removerlos de vez en cuando, entonces es cuando comprendo á los feroces amantes de Penélope que por sí mismos mataban, despedazaban y asaban los bueyes y los cerdos. Nada hay que me cause un sentimiento tan dulce y verdadero como esas escenas de la vida patriarcal con las que, á Dios gracias, puedo amenizar mi vida. Verdaderamente soy feliz cuando veo que tengo un corazón capaz de experimentar la alegría inocente y sencilla del hombre, que sirve á su mesa la col que él mismo ha cultivado, porque no sólo siente el placer de comérsela, sino que al mismo tiempo recuerda la hermosa mañana en que la plantó, las tardes deliciosas en que las regó y el placer que experimentaba todos los días viéndola crecer.

29 de junio.—Anteayer vino el médico del pueblo á ver al Bailío y me encontró en el suelo rodeado de los niños de Carlo-

ta. Los unos se subían por encima de mí, los otros me pellizcaban y yo les hacía cosquillas, con lo cual armábamos un ruido infernal. El doctor, especie de maniquí sabio, que mientras hablaba no sabía hacer otra cosa que arreglarse los vuelos y la guirindola, no encontró el juego á la altura de la dignidad humana. Así me lo dieron á conocer sus gestos; pero sin ocuparme para nada de ello, le dejé decir las cosas mejor pensadas, ocupándome mientras tanto en levantar un castillo de naipes que los muchachos acababan de derribar. Cuando el doctor volvió al pueblo dijo á cuantos le quisieron oír que los hijos del Bailío estaban muy mal educados y que Werther los acababa de perder.—Sí, querido Guillermo, nada hoy en la tierra que me guste tanto como los niños. Cuando los examino y veo en ellos el germen de todas las virtudes y de todas las facultades que en su día se han de desarrollar; cuando veo en su terquedad su constancia futura y la firmeza de su carácter; en su petulancia y picardías el buen humor y la ligereza que ha de hacerles esquivar los escollos de la vida, entonces repito aquellas palabras del Maestro de los hombres: *Deberís haceros semejantes á uno de ellos.* ¡Y sin embargo, tratamos como si fuesen esclavos á esos niños que son nuestros semejantes y á los cuales deberíamos tomar como modelos!.. Y no basta con que se diga que son caprichosos; ¿no lo somos también nosotros? ¿cuál es nuestro privilegio? ¿el tener mayor edad y más experiencia? —¡Dios mío! tú no ves en el mundo más que niños jóvenes y niños viejos, y por boca de tu hijo sabemos los que prefieres. —Y es una verdad muy antigua que los hombres creen en tu hijo y no le atienden; hacen á sus hijos paredidos á ellos y.... Adiós, Guillermo, no quiero hablar más sobre esto.

1.º de julio.—Mi corazón, que sufre más que aquel que se consume sobre su lecho, devorado por una ardiente sed, conoce cuán útil debe ser Carlota para un enfermo.

Ahora va á pasar algunos días á la ciudad, para asistir á una señora, que según los médicos, toca ya al término de su carrera, y quiere tener á su lado á Carlota para que la asista en sus últimos instantes. La semana pasada estuvimos á visitar al cura de S., pueblo pequeño, situado entre las montañas, á una media legua de aquí. Serían las cuatro cuando llegamos. Carlota llevaba consigo á su hermana segunda. Al entrar en el patio de la casa, sombreado por dos grandes nogales, hallamos al buen anciano sentado en un escaño delante de la puerta. Pareció reanimarse á la vista de Carlota; olvidó su bastón, y se arriesgó á salir á recibirla. Carlota fue corriendo hacia él y le obligó á sentarse, tomando sitio á su lado. Saludóle de

parte de su padre, y besó á su hijo (*), niño mimado y muy desaliñado. Si hubieras visto cómo alegraba al buen hombre, cómo levantaba su voz para que aquel pobre, que estaba medio sordo, pudiese oírle; cómo le hablaba de varios jóvenes robustos que habían muerto de repente: de la excelencia de Carlisbad; cómo aprobaba su resolución de ir allí el verano del año siguiente; y en fin, cómo le manifestaba que tenía el rostro más fresco y el aire más vivo que la última vez que se habían visto. Mientras tanto, yo había cumplimentado á la mujer del cura. El anciano comenzaba á alegrarse; y como no pude menos de alabar los dos hermosos nogales que hacían con su follaje una sombra tan agradable, emprendió, aunque con algún trabajo, el contarnos su historia. "No sabemos quién ha plantado ese más viejo, unos dicen que este cura, otros que el otro. Pero éste más joven es de la edad de mi mujer; el próximo octubre cumplirá cincuenta años. Su padre lo plantó por la mañana, y ella nació en la noche de aquel mismo día. Fue mi predecesor en este curato, y no podré pintaros cuánto quería á este árbol. No le quiero yo menos: hace veintisiete años que vine aquí por la primera vez, cuando no era más que un pobre estudiante: la que ahora es mi mujer estaba entonces haciendo punto, sentada sobre un tronco debajo del nogal." Carlota le preguntó dónde estaba su hija. Le dijo que había ido al llano con M. Schmidt á ver á los trabajadores; y luego siguió su relación, diciéndonos cómo su antecesor y su hija le habían cobrado algún afecto y cómo había sido primero su teniente, y después su sucesor. Apenas había acabado de hablar cuando vimos venir por el jardín á su hija, acompañada de M. Schmidt: recibió á Carlota con el cariño más tierno, y debo confesar que no me desagradó su fisonomía. Es una morenita vivaracha, bien formada y que podría hacer que gustase la vida del campo á cualquier joven. Su novio (pues como tal se presentó á primera vista M. Schmidt) es un joven de buen exterior, pero taciturno. No quiso tomar parte en la conversación, por más que Carlota no cesaba de incitarle á ello. Lo que más me enfadó fue el advertir en su tono, que no era por falta de talento por lo que dejaba de comunicarse, sino por capricho y mal humor. Desgraciadamente tuve bien pronto ocasión de asegurarme de ello, pues como Federica acompañaba á Carlota al paseo, y de consiguiente se hallaba algunas veces á mi lado, la cara del buen señor, que era naturalmente morena, se puso enteramente pálida, tanto, que Carlota tuvo que tirarme de la

* Se trata de un pastor protestante, y sabido es que estos pueden ser casados.

manga y hacerme señas para que fuese menos galante con Federica. No hay cosa que me cause más pena que el ver á los hombres atormentarse unos á otros; y sobre todo cuando son jóvenes y están en la flor de la edad; entonces, cuando su corazón podría abrirse fácilmente á todas las impresiones del placer, pierden en tonterías los pocos días buenos de que tienen que gozar, sin advertir hasta muy tarde que esta prodigalidad es irreparable. Tal idea me atormentaba; y cuando por la noche volvimos á la casa, y nos sentamos á una mesa para tomar un poco de leche, y la conversación recayó sobre las penas y los placeres de este mundo, no pude menos de aprovecharme de la ocasión, y de hablar con alguna dureza contra el mal humor. “Nosotros los hombres, dije, nos quejamos de que haya tan pocos días buenos al lado de tantos malos, y me parece que las más de las veces nos quejamos sin razón. Si nuestro corazón estuviera siempre dispuesto á gozar el bien que Dios nos prepara para cada día, tendríamos también bastante fuerza para soportar el mal cuando se presenta. “Sin embargo, nosotros no somos árbitros de nuestro mal humor, dijo la mujer del cura, sino que por el contrario este es hijo del estado del cuerpo. Uno está triste por temperamento, y cuando sufre, cuando nada le satisface, es porque el mal reside en todo su cuerpo.”—Convengo en ello, repliqué; pero debemos mirar el mal humor como una enfermedad, y ver si habrá algún remedio para curarla. —No está mal pensado eso, dijo Carlota: yo creo que nosotros podemos mucho, y lo sé por mí misma. Cuando alguna cosa me inquieta y comienzo á entristecerme, doy un salto, me paseo de un lado al otro del jardín, cantando cualquier cosa, y adiós la pena.”—“Esto quería yo decir, añadí al instante. Sucede con el mal humor lo que con la pereza. Hay una especie de pereza, á la cual es muy propensa nuestra naturaleza; pero si logramos vencerla, trabajamos con el mayor entusiasmo y hallamos un placer verdadero en la actividad.” Federica estaba muy contenta; y el joven Schmidt replicó, que no eramos siempre dueños de nosotros, y que no era fácil el ordenar las pasiones. “Se trata, dije, de una sensación desagradable, de la cual todos procuran librarse, y nadie conoce la extensión de sus fuerzas, si no las ha experimentado. Un enfermo busca siempre médicos por todas partes, les escucha con la mayor resignación, y no se niega á tomar las medicinas más amargas para recobrar la salud perdida.” Advertí que el buen anciano aplicaba el oído, procurando participar de nuestra conversación, y entonces levanté la voz y continué diciendo: “Se predica contra muchos vicios, pero jamás he oído predicar contra el mal

humor." "Eso solo deben hacerlo, replicó el cura, los párrocos de las ciudades, porque los aldeanos no tienen nunca mal humor. Sin embargo, estos sermones no serían aquí enteramente inútiles; á lo menos darian una buena lección á nuestras mujeres y al Bailío." Todos nos reímos de estas palabras y él también se rió de todas veras, tanto, que le dió una tos que interrumpió la conversación por algunos minutos. Después el joven replicó en estos términos: "Cuando habéis llamado al mal humor un vicio, creo que habéis exagerado."—"Nada de eso, respondí yo, si se debe dar este nombre á todo lo que daña á nuestro prójimo, y á nosotros mismos. ¿No basta con que nos sea de todo punto imposible el hacernos mutuamente felices? ¿Se necesita también que nos quitemos unos á otros el placer que cada corazón puede procurarse á sí mismo? Nombradme un hombre mal humorado que tenga bastante ánimo para ocultar su desgracia, y soportarla solo, para no turbar la alegría de los demás. ¿No es más bien un despecho interior de nuestra propia inutilidad, un descontento de nosotros mismos, al cual se junta siempre un poco de envidia, excitada por una vanidad tonta? Vemos hombres felices, sin que nosotros les hagamos tales; y esto es insoportable para nuestro amor propio." Carlota me miró riéndose de la vehemencia con que hablaba; y algunas lágrimas que observé en los ojos de Federica, me animaron á continuar. "¡Infelices de aquellos que abusan del poder que tienen sobre un corazón, para robarle los placeres sencillos que brotan en él! Todos los dones, todas las complacencias del mundo no nos recompensan de un instante de placer, envenenado por el despacho y por la conducta odiosa de un tirano." Mi corazón estaba lleno de pasión en este instante; mil recuerdos oprimían mi alma; mis ojos se cubrían de lágrimas.

"¿Quién es aquel que se dirá cada día: tú no tienes más poder sobre tus amigos que el de dejarles su alegría y aumentar su felicidad, compartiéndola con ellos? Cuando su alma se halla despedazada por una pasión que la aflige, atormentada por el dolor, ¿puedes procurarle el más mínimo consuelo? Y cuando la última enfermedad destruya á esa criatura á quien tú mimaste en sus mejores días; cuando recostada en el lecho, se vea en el más triste abatimiento, levante al cielo sus ojos casi privados de sensación; el sudor de la muerte aparezca y desaparezca alternativamente sobre su rostro; si te encuentras en pie cerca de su lecho, debes sentir con la mayor pena que nada puedes con todo tu poder; que tu alma se ahoga y se atormenta; que todo lo darías por poder fortificar á ese sér que toca ya á su fin, ó inspirarle un poco de valor...."

Estas palabras me hicieron acordar de un suceso parecido y en el cual había estado presente. Cubrí mis ojos con el pañuelo, me retiré y sólo volví en mí cuando oí la voz de Carlota que me decía que nos marchásemos. ¡Cómo me corrigió por el camino el interés demasiado vivo que tomaba en todo, y del cual decía que yo sería la primera víctima! ¡Oh ángel mío, quiero vivir para ti!

6 de julio. — Carlota está siempre al lado de su moribunda amiga; y como de costumbre, es la criatura afable y benéfica, cuyas miradas dulcifican el dolor y hacen felices á las personas. Ayer tarde fue á paseo con Mariana y la pequeñita Amelia. Lo sabía; procuré encontrarla, y paseamos juntos. Después de haber andado cerca de una legua, volvimos hacia el pueblo y fuimos á la fuente que me gusta tanto, y que me ha gustado aun más cuando he visto á Carlota sentarse sobre la tapia. Miré á mi alrededor, me acordé del tiempo en que mi corazón se hallaba enteramente solo: “¡Fuente querida, dije, cuánto tiempo há que no vengo á descansar á tu orilla y á gozar de tu frescura; paso de prisa por tu lado, y muchas veces sucede que no te miro siquiera!” Dirigí la vista hacia bajo y vi á Amelia que subía con mucha precaución con un vaso de agua en la mano. Miré á Carlota y me acordé de todo el cariño que en ella he depositado. Amelia llegó entonces con el vaso; Mariana quería quitárselo. “No, exclamó la niña con la más tierna expresión, Carlota ha de beber primero.” Arrebatóme tanto la viveza, la bondad de esta exclamación, que no sabiendo cómo expresarle mi agradecimiento la tomé en brazos y empecé á besarla, por lo cual se puso á llorar y á gritar. “Habéis hecho muy mal,” me dijo Carlota dejándome sobrecogido. “Vén, añadió, tomándola de la mano y haciéndola bajar las escaleras; lávate pronto en esa agua fresca y no te sucederá nada.” ¡Con cuánta atención miré á la pobre criatura frotarse las mejillas con sus manecitas mojadas, en la firme creencia de que esta milagrosa fuente lavaba toda mancha, y le quitaba la afrenta de haber sido tocada por una barba impura! Carlota le dijo que bastaba, pero la niña continuó lavándose como si de esta manera le hubiese de producir mayor efecto. Puedo asegurarte que jamás he asistido á un bautizo con más respeto; y cuando Carlota subió, me hubiese prosternado de buena gana á sus pies, como á los de un profeta que acabase de borrar las iniquidades de una nación.

Por la noche no pude menos, en la alegría de mi corazón, de contarle este suceso á una persona que yo suponía de talento, porque tenía viveza de espíritu; pero ¡cuán equivocado estaba! Me dijo que Carlota había hecho mal; que no se debía ha-

cer creer nada á los niños porque esto daba lugar á una infinidad de errores y supersticiones, que era menester acostumbrar á los muchachos desde el principio á precaverse contra las preocupaciones. Me acordé de que el mismo que así hablaba habia hecho bautizar á un hijo suyo ocho días antes y no le hice caso. Debemos obrar con los niños como Dios obra con nosotros, y sabido es que nunca somos más felices que cuando caminamos al azar, llenos de dulces ilusiones.

8 de julio.—¡Cuán niños somos! ¿Por qué el suspirar con tanto ardor por una mirada? Habíamos ido á Wahlheim: las señoras salieron en coche; durante el paseo, creí ver en los ojos negros de Carlota. Soy un loco; perdónamelo. ¡Debías haber visto aquellos ojos! Seré breve, porque mis párpados están cargados de sueño. Las señoras entraron en el coche. V... Selstadt, Audran y yo rodeamos el carruaje. Hablaron por la portezuela con todos estos señores, que son bastante ligeros y atolondrados. Yo buscaba los ojos de Carlota, que miraban ya á un lado, ya á otro. ¡Pero á mí, á mí, no me miraban! Pasó el coche y rodaron mis lágrimas por mis mejillas. Seguía con los ojos y vi su peinado que se asomaba por la portezuela; se volvió á mirar: ¡ah! ¿diré á mí? Amigo mío, vago en esta incertidumbre y esto me consuela. Tal vez se volvió para verme. Tal vez... Buenas noches. ¡Oh! ¡cuán niño soy!

10 de julio.—Quisiera que vieses la cara de estúpido que pongo cuando se habla de ella y sobre todo cuando me preguntan si me gusta.... ¡Me gusta! Odio de muerte esta palabra. ¡Habrá un hombre á quien no guste Carlota, hasta el punto de llenar todas sus aspiraciones? ¡Gustar! Hasta han llegado á preguntarme si me gustaba Ossian.

11 de julio.—La señora M... está muy mala. Deseo que viva, porque padezcó tanto como Carlota. Alguna vez la veo en casa de una amiga, y me ha contado hoy mismo una cosa que sorprende. El señor M... es un viejo tacaño que ha atormentado mucho á su mujer, teniéndola encerrada, ó poco menos. Sin embargo, ésta ha sabido siempre ingeniar-se. Habiéndole declarado el médico que no podía salir de esta enfermedad, hizo venir á su marido y le habló en estos términos delante de Carlota: "Es necesario que te confiese una cosa que después de mi muerte podría ser un motivo de inquietud y de pena. Hasta ahora he gobernado la casa con todo el orden y economía que me ha sido posible; pero te debo pedir perdón, porque te he engañado treinta años seguidos. Desde el principio de nuestro casamiento fijaste una suma muy corta para los gastos de la casa. Estos se han ido aumentando, y nunca he podido lograr

que aumentases la suma que me dabas para cada semana; de modo que en el tiempo de nuestros mayores gastos, exigías que no pasasen de un florín diario. He obedecido sin replicar; pero ha sido tomando cada semana lo que faltaba para cubrir mis atenciones del cofrecillo del dinero, bien segura de que jamás se sospecharía de que una mujer robaba á su marido. Nada he malgastado, y sin esta confesión hubiera pasado sin escrúpulo alguno á la eternidad. Si te lo declaro, es sólo porque aquélla que me suceda en el gobierno de la casa, no podrá sostener el gasto con lo poco que tú das, y yo no quiero que te veas obligado á echarle continuamente en cara que tu primera mujer se contentaba con ello”.

Carlota y yo hemos reflexionado sobre la increíble ceguedad, que hace que un hombre no sospeche manejo alguno en una mujer que hace frente á todas las atenciones con siete florines á la semana, cuando ve que el gasto es triple. Sin embargo, yo he conocido algunas personas que los habrían sostenido sin causarles admiración, que poseían la inagotable tinaja de aceite del profeta.

15 de julio.—Nó, yo no me engaño. Leo en sus ojos el interés que se toma por mí y por mi suerte. Sí, conozco que es verdad lo que me dice el corazón, que ella... ¿Me atreveré á proferir esta palabra, que es para mí de una dicha celestial?... ¡Me ama! ¡Me ama! ¡Cuán satisfecho estoy de mi mismo! ¡Cuánto!... ¿me atreveré á decirlo y llegarás á comprenderme? ¡Cuánto me adoro desde que ella me ama! ¿Es esto una presunción, una temeridad ó mejor aún el sentimiento de mi situación? Aun no he encontrado en el corazón de Carlota un hombre que me lo pueda robar; y sin embargo, cuando habla de su futuro esposo con todo el calor posible, me hallo en la situación de un hombre á quien quitan sus honores, despojan de sus empleos, y le obligan á entregar su espada.

16 de julio.—¡Ah! ¡qué sensación tan deliciosa corre por todas mis venas, cuando mi dedo toca por casualidad el suyo, cuando nuestros pies se encuentran por debajo de la mesa! Los aparto como del fuego, y una fuerza secreta me acerca á pesar mío; un vértigo extraño se apodera de todos mis sentidos: ¡Ah! su inocencia y la pureza de su alma, no la permiten imaginar siquiera los tormentos que estas ligeras familiaridades me causan. Cuando durante la conversación pone su mano sobre la mía, y se acerca tanto que el aliento de su boca llega hasta mis labios, me parece que voy á morir como un hombre herido por el rayo. Y, Guillermo, si alguna vez me atreviese, si esta pureza celestial, si esta confianza... Tú me entiendes. Nó, mi co-

razón no está tan corrompido. Es débil, bastante débil.. Pero ¿no es esto mismo estar corrompido?

Ella es sagrada para mí. Todos los deseos se desvanecen en su presencia. Nunca sé lo que me pasa cuando estoy á su lado; parece como que el alma se desborda por todos mis nervios. Hay una sonata que ella ejecuta en el piano con toda la dulzura de un ángel: ¡es tan sencilla, tan expresiva! Es su tocata favorita; y con solo ejecutar la primera nota, disipa todas mis penas, todas mis aflicciones, todas mis inquietudes. Me conmueve de tal modo, que no me parece inverosímil nada de cuanto nos refieren acerca de la magia que los antiguos atribuían á la música. ¡Cómo sabe ejecutarla en aquellos instantes en que yo sería capaz de pegarme un tiro! Entonces se disipan las tinieblas de mi alma, y respiro con más libertad.

18 de julio.—Guillermo, sin el amor, ¿qué sería el mundo para nosotros? Lo que una linterna mágica sin luz: apenas se enciende ésta cuando las imágenes más variadas comienzan á pintarse sobre la pared, y aun cuando no sean más que fantasmas, la verdad es que constituyen nuestra felicidad y que, como los niños, nos maravillamos ante tan maravillosas apariciones. Hoy no he ido á casa de Carlota; unas personas, á las que no he podido negarme, me lo han impedido. ¿Qué hacer? He enviado á mi criado sólo por tener cerca á alguno que hubiese estado hoy á su lado. ¡Con cuánta impaciencia le he aguardado! ¡De buena gana le hubiese abrazado!

Cuentan que la piedra de Bolonia, cuando la dejan al sol, recoge sus rayos, y puede luego alumbrar parte de la noche; algo parecido me sucedió con aquel joven: la idea de que los ojos de Carlota se habrían detenido á mirar su cara, sus mejillas, los botones y el cuello de su casaca, hacía todo esto tan sagrado, tan precioso para mí, que en aquel instante no hubiera dado el criado por mil escudos. ¡Me alegraba tanto su presencia!... ¡No te burles, Guillermo! ¿Son esto las ilusiones? ¿Es una ilusión la felicidad?

19 de julio.— ¡La veré! he exclamado por la mañana, cuando al despertarme con toda la serenidad de mi alma he dirigido las miradas al sol nascente: ¡La veré! Y no tengo ningún otro deseo para todo el resto del día. Todo lo absorbe esta perspectiva.

20 de julio.—Tú quisieras que me marchase con el embajador de.. pero yo no pienso lo mismo. No me gusta depender de nadie; y menos aún de un hombre intratable. Dices que mi madre quería verme empleado, con lo cual no consigues más que hacerme reír. ¿No tengo ya bastante ocupación?

Y en verdad, ¿no es lo mismo contar guisantes que lentejas? Todas las cosas de este mundo vienen á parar en niñerías; y el que por dar gusto á los demás, y no por seguir su propia inclinación, trabaja por el dinero, por los honores ó por cualquier otra cosa, es un imbécil.

24 de julio.—Ya que te tomas tanto interés en que no descuide el dibujo, será mejor callar que confesarte que de mucho tiempo á esta parte no hago nada de provecho.

Nunca he sido más feliz, nunca he comprendido tanto el sentimiento de la naturaleza; un guijarro, una yerbecita llenan mis deseos, y sin embargo... No sé cómo explicarme: ¡mi imaginación está tan debilitada! Todo vaga y se agita delante de mi alma de modo que no puedo coger un solo contorno; me parece, sin embargo, que si tuviese barro ó cera, modelaría muy bien cuanto concibo. Si esto dura así tomaré arcilla y modelaré algo, aunque no haga más que muñecos.

Tres veces he comenzado el retrato de Carlota, y tres veces me ha salido mal, lo cual me avergüenza, con tanto más motivo cuanto que hace poco tiempo que pillaba en seguida el parecido. Me he limitado á tomar el contorno y me doy por muy contento.

26 de julio.—Sí, querida Carlota, me ausentaré del todo; sólo os pido un favor y es, el de que me hagáis muchos encargos con frecuencia. También me atreveré á suplicaros que no echéis arenilla en las cartas, porque hoy he ido á besar una y se me ha llenado la boca de arena, haciéndome rabiar lo que podéis suponer.

28 de julio.—Muchas veces me he propuesto el no verla tan á menudo; pero ¿cómo cumplirlo? Todas las noches me digo con la firme resolución de no faltar á ello: “Mañana no iré á verla” y en cuanto se hace de día ya encuentro un motivo que justifique mi visita: unas veces porque me dijo la vispera: “Hasta mañana;” otras porque me ha hecho un encargo y me parece lo más natural llevarle por mí mismo la respuesta; otras porque hace un día muy hermoso y voy á Wahlheim por dar un paseo; pero ya allí, ¡como sólo hay media legua de distancia, y su vecindad y atmósfera me atraen!... Mi abuela sabía el cuento de la montaña de imán y nos lo refería de vez en cuando: los buques que se acercaban demasiado, perdían en un momento todo su herraje; los clavos se iban volando hacia la montaña, y los infelices marineros se hundían por entre las tablas que saltaban bajo sus pies.

30 de julio.—Alberto ha llegado; yo me marcharé. Aunque fuese el mejor y más noble de los hombres, aun cuando com-

prendiese que en todo le era inferior, me sería imposible el verle poseer en mi presencia tantas perfecciones. ¡Poseer!... Basta, Guillermo, el novio ha llegado. Es un joven honrado y bueno, que merece ser amado. Por fortuna yo no estuve presente á su entrada, porque esto me hubiese despedazado el corazón. Es tan bueno que ni una sola vez se ha atrevido á abrazar á Carlota en mi presencia. ¡Dios se lo pague! ¡Cuánto le agradezco el respeto que le tiene! Me demuestra mucha estimación; pero yo creo que proviene aun más de Carlota que de él; porque las mujeres son muy diestras en esto y tienen razón: cuando pueden hacer que dos de sus amantes vivan en buena inteligencia, aunque esto no es muy frecuente, lo hacen, y el provecho es seguramente para ellas.

Sin embargo, no puedo negarle mi estimación á Alberto: su exterior tranquilo contrasta perfectamente con este carácter turbulento, que no me puedo dominar. Es muy sensible, y conoce lo que vale Carlota. No es propenso al mal humor; y tú sabes que es el defecto que más aborrezco en los hombres.

Me tiene por hombre de valer: y mi amistad con Carlota, y el vivo interés con que miro todo cuanto á ella se refiere, aumenta su satisfacción y hace que la ame aun más. No me meto en averiguar si alguna vez se ve agitado por algún movimiento de celos, porque si yo estuviera en su lugar me costaría gran trabajo el verme libre de aquel demonio.

La verdad es que la alegría que yo disfrutaba al lado de Carlota ha desaparecido. ¿Es esto una locura ó una estupidez? ¿Qué importa el nombre? Demasiado se comprende. Antes de la llegada de Alberto sabía cuanto sé hoy y que nada debía pretender... si es que se puede permanecer impassible al lado de una mujer que tanto vale. Hoy, sin embargo, me extraño y me quedo con los ojos abiertos porque llega el otro y se me lleva la mujer á quien quiero.

Rechino los dientes y me indigno contra los que dicen que es preciso resignarse, porque no podía suceder otra cosa... Líbrame tú, si puedes, de esos autómatas. Me voy á vagar por los bosques, y cuando vuelvo al lado de Carlota y veo á Alberto sentado á sus pies bajo el emparrado del jardín, y que yo no me siento con fuerzas para ir tan lejos, me convierto en un loco de atar, y les hago mil extravagancias. “En nombre de Dios, me ha dicho hoy Carlota, os pido que no hagáis lo que ayer noche: estáis espantoso cuando os ponéis tan alegre.” Aquí para entre los dos, yo acecho el instante en que él tiene que hacer: corro al lado de ella y siempre que logro hallarla sola estoy contento.

8 de agosto.—Por favor te pido, querido Guillermo, que no tomes por una alusión el que haya calificado de insoportables á los que nos piden resignación en la adversidad. Yo no pensaba entonces que tú serías de la misma opinión: tienes, pues, razón en cuanto al fondo. Pero escúchame una palabra sola: en este mundo es muy raro poderse librar de una cosa, porque sí ó porque no: hay tantas gradaciones entre las opiniones y el modo de obrar, como entre una nariz chata y una aguiña.

No creo que tomarás á mal, si concediéndote la exactitud del razonamiento, procuro escaparme por la tangente.

“O tienes alguna esperanza de Carlota, dices tú, ó no tienes ninguna.” ¡Muy bien! “En el primer caso procura realizarla y lograr tus deseos. En el segundo, adquiere valor y procura librarte de una pasión funesta, que acabará por consumir tus fuerzas.” Amigo, todo está muy bien dicho y....muy pronto dicho.

¿Puedes exigirle á un infeliz que ve consumirse su vida, minada por una enfermedad lenta é incurable, que ponga fin á sus tormentos de una puñalada? y el mal que destruye sus fuerzas, ¿no le quita al mismo tiempo el valor de libertarse de él?

Es verdad que puedes responderme con una comparación análoga á la mía, y decir: “¿Cuál es el hombre que no preferirá el dejarse cortar un brazo, á perder la vida entre la duda y el temor”? No lo sé; pero no creo que querrás que disputemos con comparaciones. Para concluir: algunas veces me acometen unos arrebatos de valor exaltado, salvaje, y entonces.. si supiese á donde.. ¡iría!

8 de agosto por la noche.—Mi libro de memorias, que lo tenía abandonado de algún tiempo á esta parte, me ha venido hoy á las manos, y me ha extrañado sobremanera el ver lo mucho que he andado en tan poco tiempo. Siempre he visto claramente mi situación, y sin embargo no he podido menos de obrar como un niño. También lo veo todo tal como es, pero ni aun las mismas apariencias puedo corregir.

10 de agosto.—Si yo no fuese un loco, podía pasar una vida muy agradable y muy feliz. No es fácil hallar reunidas circunstancias tan favorables para alegrar el corazón de un hombre, como aquellas en que actualmente me encuentro. Nada más cierto que nuestra felicidad depende únicamente de nuestro corazón. Ser un miembro de esta amable familia, amado por los padres como un hijo, de los niños como un padre, de Carlota.... y este honrado Alberto, que no turba mi felicidad con celos ó mal humor; que me recibe con la más cordial amis-

[*Sigue*]

Biblioteca Económica

¿Desea usted **ser Agente** de la BIBLIOTECA ECONÓMICA?—Lea usted las siguientes condiciones :

1^a

El Editor de la Biblioteca le remitirá á U. los ejemplares que U. le pida y se los cargará á razón de *diez centavos cada uno*, siempre que U. mande previamente los respectivos fondos. *De otro modo será inútil toda solicitud.*

2^a

El Editor de la Biblioteca *comprará á U. en cualquier momento y al contado*, por el mismo precio de diez centavos cada uno, los ejemplares sobrantes que U. no haya alcanzado á colocar, ó se los cambiará por otros tantos números, posteriores ó anteriores, según á U. más le conveniga. Es entendido que los ejemplares que U. devuelva, deben venir en el mismo buen estado en que le fueron remitidos.

3^a

En su calidad de Agente, tendrá U. derecho á publicar *gratis y permanentemente* en la Biblioteca un anuncio que no pase de tres centímetros en columna. (Por ejemplo, el de “La Salvadoreña”, si tiene U. á la mano un ejemplar). Usted puede *negociar* por su cuenta el espacio indicado, en caso de que no tenga que avisar ningún asunto propio. El anuncio de esta clase que U. remita, podrá cambiarse después de publicado *diez veces*.

4^a

La prerrogativa del anuncio gratis la disfrutará U. si coloca, por lo menos *veinticinco ejemplares de cada número*; pero le bastará colocar *diez ejemplares de cada número* para tener derecho á que el Editor de la Biblioteca le regale á U., encuadernados, los diversos tomos que se formen con cada diez volúmenes publicados.

5^a

Mientras U. funcione como Agente se inscribirá su nombre para la *rifa* que á favor de los Agentes se correrá cada tres meses (á contar de enero 1º 1899); para lo cual recibirá U. antes su respectivo número de inscripción. La rifa consistirá en algún objeto artístico, en alguna obra literaria ó científica notable, etc., etc.

Francisco A. Gamboa, Editor.

San Salvador, 1899.

BIBLIOTECA ECONOMICA.

26 volúmenes publicados, que contienen :

- 1º EL PRIMER BESO, por J. Antonio Delgado; TAPALIGUI, por Ricardo Fernández Guardia; PALIMPSESTOS, por Rubén Darío; AMOR IDEAL, por E. Gómez Carrillo; ONDINA, por Ramón Rosa.
- 2º FLORILEGIO (colección de pensamientos de autores ilustres).
- 3º EN LAS AGUAS DE ABANO, novela por Emilio Souvestre; EL CHAPÍN, EL GUANACO, (cuadros de costumbres) y EL ALMANAQUE, por José Milla.
- 4º LA GARZA, LAS TARDES DE ABRIL, A MI GALLO, (poesías), por Juan Diéguez; FRAGMENTOS DESCRIPTIVOS de los poemas de Batres Montúfar; SAN JUAN, LA ROSA, YO PIENSO EN TI, por el mismo.
- 5º VÍCTOR HUGO, por Emilio Zola; WATERLOO, por Víctor Hugo.
- 6º Waterloo, [conclusión], por Víctor Hugo; La tela invisible, por Hans Christian Andersen, y En familia....yankee, por Heinrich Urban.
- 7º POESÍAS de Calixto Velado.
- 8º EDGAR POE, por Carlos Baudelaire; LIGEIA, por Edgar Poe.
- 9º CUATRO PALABRAS CON UNA MOMIA, EL GATO NEGRO, LA BARRICA DE AMONTILLADO, EL CUERVO, por Edgar Poe.
- 10º JOSÉ CECILIO DEL VALLE, por Rómulo E. Durón; ACTA DE INDEPENDENCIA, EL SABIO, LOS MAESTROS, EL CAMPO, ELOGIO FÚNEBRE DEL P. GOICOECHEA, por José Cecilio del Valle; VALLE JUZGADO POR BARRUNDIA.
- 11º CUENTOS POPULARES, por don Antonio de Trueba.
- 12º POESÍAS de Vicente Acosta.
- 13º DOS IDILIOS, por Ludovico Halévy.
- 14º DOS IDILIOS [conclusión], por Halévy; LA MORAL DEL MATRIMONIO, por W. S. Lilly; QUIÉN TIENE LA CULPA?, por Amelia E. Barr y Rosa Terry Cooke.
- 15º EL CRIMEN DE JULIETA, por Charles Corbin.
- 16º EL CRIMEN DE JULIETA (conclusión), por Charles Corbin; ELOGIO FÚNEBRE DE FR. MATÍAS CÓRDOBA, por José Milla; LA TENTATIVA DEL LEÓN Y EL ÉXITO DE SU EMPRESA, por Fr. Matías Córdoba.
- 17º y 18º EFEMÉRIDES CENTRO-AMERICANAS, por Alejandro Marure.
- 19º TRADICIONES, por Ricardo Palma.
- 20º POESÍAS de Salvador Díaz Mirón.
- 21º TRES HÉROES, por Juan Montalvo.
- 22º LOHENGRIN, por Ricardo Wagner.
- 23º PÁGINAS ALEGRES, por Luis Taboada.
- 24º y 25º CYRANO DE BERGERAC, por Edmundo Rostand.
- 26º WERTHER, por Goethe.

Siempre lectura SANA y selecta.